

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 77 AÑO 2011

TEMA 4: BAYREUTH. FAMILIA WAGNER. PROTECTORES

TÍTULO: **COSIMA WAGNER A FRANZ LISZT**

AUTOR: *Arthur Seibl*

Quizás hasta cierto punto parecerá curioso ver que precisamente en la celebración de su jubileo, las líneas de una carta de su propia mano – documento que ni tan siquiera se encuentra en su original contexto– y que desde un lejano tiempo ha aparecido casualmente ante nuestros ojos en feliz estado de conservación. Un personal interés junto a una viva pasión investigadora ha hecho que con gran contento este documento haya llegado a mis manos.

Hasta ante el peligro de provocar por lo menos, un ligero fruncimiento de cejas en los conocidos escépticos de siempre, creo que a pesar de los escasos antecedentes detectados, debo atreverme a contribuir a que este singular testimonio de su elevada nobleza de sentimientos, y precisamente en esta ocasión, además todavía durante su vida, pueda hacerse pública. No creo que deba retenerla tras haberseme ofrecido la ocasión de encontrarla, además quiero hacer hincapié en mi personal homenaje hacia ella en este día, esperando no herir sus sentimientos ni contravenir el buen gusto.

Sobre su relación con el padre y especialmente sobre los delicados y profundamente humanos tratos entre Wagner y Liszt, nos ha dado motivo para ofrecérselo en estos momentos (1911), cuando en F. Bruckmann A. G. de Munich, con ocasión de la celebración de los 100 años del nacimiento del inmortal Maestro Richard Wagner, (atentos lectores de las "Bayreuther Blätter" ya están familiarizados con ello) editaron libros sobre estos hechos: "Franz Liszt. Una hoja recuerdo de su hija"; en este se contienen sinceras y profundas confesiones, esta tan erudita exposición con sensatos juicios debería realmente –en primer y último lugar– sernos ya suficiente. Por desgracia la cosa

permaneció dentro de un limitado círculo de adictos o alumnos de Liszt, que podría decirse con esto llegaron a sacarse "la espina clavada en el ojo" pero que por otra parte, en cuanto a ella, a la genial hija e inigualable mujer, a ser posible se intentó dejarla oculta o de nuevo desfasada. Yo estoy absolutamente en contra del inconcebible concepto, de un "reservatio mentalis" sobre Wagner ante Liszt y decididamente he tomado mi decisión con un guiño en el ojo.

Así sucedió en el curso de mis investigaciones como editor, dedicándome a personales intervenciones sobre literatura (desgraciadamente por la larga lucha sobre procesos todavía no editados) buscando entre la cantidad de papeles que se encuentran en el "Liszt Museum" de Weimar apareció en 1913 un diario, "Lisztiana", del legado de Lina Ramann, así como los extraordinarios estudios situados en el espacio donde se encuentra la "Lina Ramann Biblioteca Liszt", donde en el nº. 204 de esta colección descubrí la auténtica copia de una larga carta, cuyo contenido hizo latir mi corazón. Lo que inesperadamente tenía entre mis manos era un importante, inolvidable y significativo escrito de la esposa de Wagner e hija de Liszt, que leí con creciente tensión; un recuerdo sin fecha (desde Bayreuth) sobre la primera audición (29 Mayo 1873) en Weimar de "Christus", el Oratorio de su padre, una profunda y comprensiva visión del básico entendimiento artístico de los dos grandes amigos tanto en el mundo como entre ellos, pero también con emocionados ecos de las espirituales diferencias, de los pasajeros distanciamientos que a partir de 1867 se habían dado entre las dos casas y las dos grandes personalidades que para la escritora de estas líneas eran dignas de todo respeto... esto hasta el feliz nuevo reencuentro, con la cordial unión de la familia y de los amigos.

Sobre este feliz hallazgo se dan los siguientes datos: La carta original se encuentra escrita en francés, así no es el original autógrafo el que se encuentra ante mí, sino el que por amabilidad del Maestro Liszt permitió a la apreciada investigadora de su vida que dejase traducir al alemán a Alex v. Harsborf del círculo de amigos de Lina Armann en Nuremberg, y que a la muerte de la fundadora regresó al "Lina Armann Liszt Bibliothek" en Weimar.

Querido padre,

Ayer por la noche llegamos felizmente de nuevo aquí, y Lulu (Daniela von Bülow, entonces de 12 años) ya hoy por la mañana no ha cesado de darse importancia explicando a la gente menuda todos los honores de que allí había sido colmada. El abuelo la había cogido en sus brazos, el abuelo le había regalado flores, al mediodía había comido con el abuelo y éste le había dado unos Marcos, así ella había puesto unos ramilletes sobre el pupitre del abuelo y él le había hecho traer expresamente unos dulces... etc. Solo sobre el "Christus" no ha hecho ningún comentario; no sé si es que la pequeña inconscientemente cree que sus impresiones no se tendrán en cuenta o si se siente incapaz de hablar sobre ello; me inclino más por esta segunda razón, que en el fondo se trata también de la mía. ¡Soy incapaz de describirte el torrente de impresiones que me inundó el pasado jueves, la multitud de pensamientos que tales impresiones me provocaron! Todavía me encuentro bajo el impacto de un cada vez mayor asombro ante este "cantus firmus" al que van añadiéndose unas tras otras las voces individuales. Lo que me llenó de admiración fue la percepción de cómo una fe ingenua, ardiente, igual que la que creemos existía en los primeros tiempos del cristianismo, se ha adaptado a la actual estructura de la Iglesia en la cual –según algunos– participa más la política que la fe. Así, por lo tanto, el despliegue de ostentación (inseparable elemento que hábilmente utiliza esta organización) que el pueblo interpreta con ingenuidad y sinceridad, no con reservas sobre el poder sacerdotal, ni como un artificio, sino con una absoluta entrega a este poder tomando este artificio como una sabia norma.

¿Así, puedo confesarte que yo no tengo por capaz al catolicismo de nuestros días de producir una obra de arte que de manera tan evidente, y al mismo tiempo de manera tan emocionante rompa con su esencia? La obra pictórica que nos ofrece muestra, hasta el punto que soy capaz de juzgar, aquel sentimiento de ingenuidad del que he hablado más arriba, conservando al mismo tiempo aquellos rasgos que si no me equivoco pertenecen a la Iglesia de hoy. Quienes achacan al "Christus" una excesiva teatralidad sería conveniente replicarles que la Iglesia es teatral, quiere serlo e incluso debe serlo, ya que ¿cuán lejos llegaría una Iglesia desnuda de elementos

externos?... el algo insípido protestantismo de hoy puede demostrarlo. Así, estoy absolutamente convencida que igual que la Iglesia Católica continuará existiendo en nuestro siglo de la manera que siempre se ha mantenido, también tu "Christus" se mantendrá junto a ella, pero por si acaso decidiese adoptar nuevas formas, en el "Christus" sobreviviría la corpórea expresión de su carácter. Y aunque en Roma se utilizasen otros resortes –según creo– ante un potente instinto de conservación, reconocerían decididamente que algunos fragmentos del "Christus" deberían ejecutarse en todas las celebraciones y hasta la obra completa en los días festivos más solemnes de la Iglesia. Más que los millones, más que la sutil propaganda, también más que una absoluta eficacia, será esta ejecución la que conquistará y fortalecerá los corazones. Pero este mundo está ciego, los más hábiles tejen sus redes como las arañas, las ven siempre nuevamente rotas pero comienzan de nuevo, por desgracia esta ceguera es sólida, segura e inalterable pero sobre ella y sobre sus obras caducas flotan las creaciones que –igual de manera inconsciente– están en la parte opuesta de la ceguedad imperante, como la luz del sol ante el fuego que arde en las entrañas de la tierra, el cual, según los bellos pensamientos de Jacob Böhme, envenena la vida así que la luz del sol se apaga.

Después de haber conocido tu extraordinaria obra me pregunté cómo es posible que Wagner y yo hayamos llegado a unas, en apariencia, tan distintas opiniones sobre ella. Pero cuando mi intensa y decisiva impresión de la obra se ha introducido en mi interior en una enigmática introspección, entonces ha aparecido ante mí la visión de la futilidad de las formas. Estas aparecen y desaparecen como sombras, son entrelazadas apariciones, inseparables del genio creador. Igual que Dante necesito de tres grandes formas; el infierno, el purgatorio y el cielo para comunicarnos lo que sentía, así tu creación artística demanda el mundo del catolicismo como necesaria base de la expresión. La división de las formas son algo similar al lenguaje cifrado indú, que logra despertar en nosotros la sensación de eternidad. ¡No!, mucho más intenso es el hálito de la verdad que penetra y vivifica el espíritu, quizás todavía más poderoso, que lo que todas estas formas abarcan, sometiéndolas absolutamente. En todas las fases de mi vida que parecían alejarme de ti, conservé siempre la resuelta convicción que no hay nada que nos separe;

valoro poco toda la vida externa, todo lo que va unido a ella, en el fondo de mi alma conservo un oculto menosprecio por todo lo bueno o lo malo que esperábamos o deseábamos por separado; esta es la impresión que se ha adueñado de mí, tanto respecto a ti como a Wagner, al escuchar este "Christus". Puede darse la sensación que nada hay más opuesto a la visión del mundo que la que tenéis tú y Wagner, y en cambio su alma ha sido capaz de captar interiormente tu obra, no tan solo escucharla. Pedestal, muleta o zanco, estas formas dan a las personas de poca fe una impresión atractiva o repelente; los escogidos reconocen y saludan la obra a pesar de las diferencias de expresión, y seguro tu entenderías y amarías un "Christus" de Wagner igual que él entiende y ama el tuyo. Cuando ahora escucho de nuevo el "O filii, o filiae!", que había cantado con tanto ardor tan a menudo en mi infancia, se expande ante mí el hilo de toda mi vida. Y con asombro debo reconocer que nada ha cambiado en mí. El mismo ardor que entonces me exaltaba en los escalones del altar, me llena ahora cuando escucho tus obras, y aquellos que no quedan contentos si antes no lo han agrupado y clasificado todo, creo que en el futuro seguirán encontrándose ante ciertas perplejidades.

Pero el hecho que me llevó a una gran satisfacción fue la coincidencia de mi opinión con la de Wagner en cuanto a la interpretación. Nos habían profetizado tan malos resultados que acudimos a la iglesia con cierta aprensión. Pero justo cuando empezaron a sonar los primeros compases, me invadió la misma seguridad que siento cuando Wagner sujeta las cosas en sus manos; una alegre seguridad que hace que me sean indiferentes ciertas pequeñas menudencias. ¿Qué importancia tienen los pequeños incidentes cuando aparece el torrente de la vida? Y en este momento en que la inquietud se desprendía de mí como un vestido hecho girones, se acercó Wagner que se encontraba algo alejado de mí y me susurró al oído: "¡Tu padre es magnífico, todo es espléndido!", y esta impresión permaneció en mí durante toda la ejecución, prescindiendo de algunas meteduras de pata que aparecieron a derecha e izquierda. Precisamente Wagner le dijo a la Sra. Ritter (Franziska Ritter, nacida Wagner, esposa de Alexander Ritter) cuanto había admirado la calidez y vitalidad del conjunto. Esto o mucho más que esto la gente con la que vosotros dos, tú y Wagner, emprendéis batallas, me recordó una anécdota que

se cuenta sobre Federico el Grande, el cual –creo que la víspera de la batalla de Zondorf– ante el general Dohna que conducía un regimiento recién pertrechado, le dijo: "¡Demonios! Cuan finamente compuesta y planchada va su gente, los míos tienen el aspecto de unos asquerosos demonios, pero muerden; ¡espero que los suyos también lo hagan!" Imagino que las personas geniales de entonces se comportaban así, y que el vestuario y la elegancia se dejaba para las medianías.

Quedamos encantados con la Sra. Milde, a pesar que nos habían asegurado que su voz estaba ya algo pasada. Siento no haber hablado con ella para decirle que esta vez me había emocionado más que en su época de plenitud. Nuestro "Tontuelo", un violinista que no sabe conquistar un puestecito en tu orquesta, por lo menos ha sabido colaborar a dar una buena impresión en lo que se ha escuchado, y a pesar de su sencillez supo adaptarse a la interpretación digna de premio, sólo perjudicada por la falta de atención de algunos músicos.

Esto es parte de lo que hemos estado comentando desde que nos despedimos de tí. He agradecido con gran emoción a Wagner que me acompañase, (sé lo duro que es para él abandonar su partitura) y he evocado el manto de niebla que aparece entre los rayos de vuestro recíproco amor, ante esto debo pensar en el título de una pieza de Calderón: "Dar tiempo al tiempo". No puedo imaginar mayor alegría para el artista que la terminación de una obra, cuando se libera de sí mismo, cuando renuncia a un mundo de desengaños y degradaciones, cuando abandona la resonancia de su propio espíritu. Por esto la presencia de Wagner en la iglesia me ha causado tan intensa alegría, ya que sin esta bendición, mi entusiasmo no habría sido capaz de evitar un doloroso sentimiento, ya que aunque tú me hubieses negado sentir la soledad de un Fedro o de otros parecidos, pienso que habría sido evidente la soledad de un genio sin más. Los conmovedores y nobles tonos de vuestros corazones no deben sentirse oprimidos por ninguna disonancia, no deberían crearse barreras ante ningún buen o mal objetivo de vuestros elevados espíritus que han sido creados para entenderse entre sí.

Este es el deseo de tu hija,

C.

Por nuestra parte no podemos añadir nada... ¿cómo podríamos ni deberíamos hacerlo? Si no fuese colocando en este lugar las expresivas palabras del mismo Maestro Liszt, que August Göllerich, en su momento, escuchó de su propia boca y que nos las ha transmitido en su cálido libro; "Liszt" (Berlín, en Marquardt & Cie): "En Weimar en 1873, durante el estudio del "Christus" tuvo muy poco tiempo, ya que coincidió con la creación de una ópera cómica. A pesar de esto Wagner, después de su primera asistencia a la audición de la obra, habló de manera inigualable de la composición con unas palabras que no quiero repetir pero que se cuentan entre las que me han causado la más profunda satisfacción de mi vida"

Dessau, Diciembre 1917

Arthur Seibl